da se podia hacer que á Dios fuese mas grato, como morir en el ejercicio de la caridad; y cuando vió que la casa de San Lázaro se habia apestado de la misma enfermedad, y que una gran parte de los misioneros se hallaba en peligro de muerte, daba afectuosas gracias á la bondad divina por haberse dignado conceder á los suyos el gran beneficio de esponer su vida por salvar la del prójimo.

No solo fueron socorridos en sus necesidades los habitantes de las villas y aldeas, sino tambien los que de estos lugares fueron á Paris, cuyo número era de catorce á quince mil, y á estos diariamente se les daba pan y carne por mano de las Hermanas de la Caridad, quienes para este fin se habian situado en diferentes barrios de la ciudad. Entre estos pobres emigrados habia algunas monjas y un gran número de doncellas; hizo Vicente que las monjas fuesen admitidas en algunas casas piadosas, y allí se mantuviesen en la observancia de sus reglas; á las doncellas, que eran de ochocientas á novecientas, se les dió alojamiento en muchas casas de personas honradas, y aun allí tuvo cuidado Vicente, no solo de su mantencion, sino de su instruccion y buena conducta.

En las inmediaciones de la casa de San Lázaro vivian mas de ochocientos pobres, de quienes quiso tener especial cuidado Vicente, repartiéndoles diariamente muchas limosnas, y enseñándoles muchas veces en la semana la doctrina cristiana; y para que sacasen mas provecho, ordenó que por espacio de un mes se les hiciese una mision en la iglesia de la misma casa; se les predicaba por mañana y tarde, y luego formando varios grupos de ellos, se encargaban los misioneros de enseñar familiarmente los misterios de nuestra fe y las cosas necesarias para la vida eterna; y á pesar de las graves enfermedades y muchas ocupaciones de Vicente, quiso, para dar ejemplo, encargarse él mismo de enseñar y confesar un cierto número de viejos que entre aquellos pobres habia.

Con el fin de animarlos á oir con mas gusto la palabra de Dios, y enseñarles á confiar en su Providencia, quiso que durante esta mision se repartiese la limosna con mas abundancia, y tuviesen algun pequeño regalo estraordinario; y aunque pasado algun tiempo la mayor parte de estos pobres se volvió á sus lugares, Vicente no por esto dejó de continuar este piadoso ejercicio de enseñar la doctrina cristiana y dar limosna á cuantos pobres iban á verlo, hasta que con la fundacion del hospital general se prohibió el pedir limosna en la ciudad.

CAPITULO XXXVIII.

Varias obras de piedad que hizo Vicente en diversos tiempos

No siendo fácil describir una vida que se puede llamar toda de piedad y beneficencia, ni ceñir á la brevedad de un capítulo cuanto ejecutó un corazon misericordioso, ha parecido conveniente consagrar cuando menos el presente para hablar de algunas obras de la pródiga beneficencia y ardiente caridad de Vicente, que por no estar relacionadas con los acontecimientos de su vida referidos, se han pasado hasta aquí en silencio.

Sucedió en 1636 que por hallarse los reales ejércitos ocupados en distintos y remotos lugares, ordenó S. M. C. que se levantase un nuevo ejército, eligiendo como por plaza de armas la casa de San Lázaro, á fin de que se ejercitasen en el arte militar los nuevamente alistados. Vicente no resistió estas órdenes, ni puso la menor dificultad para que se ejecutasen, á pesar de tener justos motivos para no recibir aquella multitud de soldados, siendo así que una sola compañía bastaba para tener siempre sin sosiego aquella casa. Pero de tan desagradable ocurrencia supo sacar buen partido, haciendo que en medio de los desórdenes de aquellos militares se mantuviesen los suyos con tal recogimiento, que no fuese impedimento la gritería de la soldadesca para que continuasen en todos sus ejercicios y ocupaciones interiores; y para que el espíritu de devocion que queria animase á todos no se entibiara en estas circunstancias, ordenó que por ocho dias hiciesen los ejercicios espirituales que acostumbraban, y se dispusiesen á emprender nuevas fatigas para el socorro y conservacion de sus semejantes, mientras los soldados se adiestraban en el arte de destruirlos.

Concluidos los ejercicios, habia dispuesto enviar una parte de los suyos para hacer las misiones en diversas diócesis, donde ha-

bian sido llamados por los obispos; pero cuando menos lo aguardaba, recibió una orden del rey para que con la mayor brevedad enviase veinte sacerdotes al ejército, que se encaminaba ya en busca de los enemigos, é hiciesen una mision á los soldados, cosa para ellos no menos dificultosa que nueva. Abrazó Vicente la empresa con alegría, en atencion á la piedad que en esto manifestaba el rey; y habiendo hecho partir sin dilacion quince de sus misioneros, por no haber entonces mayor número, fué él mismo á la ciudad de Senlis, donde estaba la corte, á ponerse á los pies de S. M. y ofrecerse á su real servicio junto con su Congregacion; y luego que esto hizo, se volvió á Paris, dejando uno de sus sacerdotes en aquella corte para recibir de S. M. las órdenes que quisiese dar, y comunicarlas inmediatamente al superior de la mision del ejército.

Para que esta obra saliese con la perfeccion que deseaba, prescribió un pequeño reglamento digno de su gran prudencia y piedad, del que referiremos en pocas palabras los capítulos principales.

En primer lugar les encargaba que hiciesen cuenta que habian sido llamados por el mismo Cristo para dos fines: el primero, para ofrecer sus oraciones y sacrificios á Dios por la conservacion del ejército, y que con este objeto tuviesen particular devocion al nombre que toma el Señor en la Sagrada Escritura, de Dios de los ejércitos: el segundo, para ayudar á los soldados á mantenerse ó á entrar en el camino de la salvacion; y para que este intento tuviese un éxito feliz, y no por demasiado zelo se fuera á malograr, les advertia que no se desanimasen si no podian desterrar todos los escándalos y pecados del ejército, pues no se debia estimar en poco el remediar algo é impedir con el favor del cielo, no solo el que cayesen algunos en la culpa, sino la perdicion de una sola alma.

Previendo á mas de esto el siervo de Dios las continuas ocasiones de distraccion que en aquel empleo habian de tener, les rogaba encarecidamente que siguiesen la observancia de sus reglas y la práctica de las virtudes, especialmente de la caridad, mortificacion y paciencia, y el silencio respecto á las materias de estado y ninguna curiosidad sobre el estado de la guerra. Y para que con mas uniformidad obrasen, quiso que de cuando en cuando se reu-

nieran para conferenciar entre sí sobre el modo con que debian portarse en las circunstancias que se presentaran, ya en el momento de las batallas, ya en el tiempo que estuviese en descanso el ejército, y la conducta que debian observar, así con los sanos como con los enfermos. Queria igualmente que aun cuando se hallasen separados en varios regimientos, en cuanto les fuese posible, comiesen juntos, se levantasen á una misma hora y durmiesen bajo el mismo techo, para dar ejemplo á todos de union y amor fraterno.

Finalmente, los exhortaba para que en el caso de confesar á los apestados, atendiesen de preferencia á la salud espiritual de los enfermos, y dejasen á otros el cuidado de socorrer las necesidades corporales.

Observaron puntualmente los misioneros estos prudentes avisos de su venerable padre, y en recompensa premió el cielo sus fatigas con muchas bendiciones; pues en primer lugar, antes que el ejército se encaminase contra el enemigo, mas de cuatro mil soldados se confesaron y comulgaron, dando pruebas de verdadera penitencia y piedad cristiana; luego en la marcha de los ejércitos proseguian los misioneros en los ejercicios de exhortar y ayudar á los otros á salir del estado de la culpa, lo que continuaron haciendo por espacio de seis meses, y al cabo de este tiempo unos volvieron á Paris y otros quedaron desempeñando su ministerio en el ejército hasta fines de Noviembre en que se retiró triunfante á pasar el invierno en sus cuarteles.

Cuando tomó Vicente posesion de la casa de San Lázaro, halló en ella un mancebo travieso y otras dos ó tres personas dementes, cuyos parientes habian puesto al cuidado del prior de ella; y aunque el siervo de Dios no tenia obligacion de echarse sobre sí aquella carga, voluntariamente la admitió, atendiendo al servicio que á estos huéspedes podia hacer y al consuelo que tendrian sus familias viéndose desembarazadas de semejantes sujetos. Mucho cuidado tuvo en que fuesen servidos de los suyos con particular caridad, y la noticia del buen trato y asistencia que tenian de tal modo se esparció, no solo en la ciudad, sino en otros distantes lugares, que muchas personas principales hicieron instancias para que recibiese Vicente algunos mancebos, ó por dementes ó por tan dados á los vicios, que ninguna correccion era bastante pa-

ra que se enmendaran. A todos los admitió indistintamente, y fueron tratados allí, en cuanto á los alimentos, segun las disposiciones de sus parientes para el mayor castigo de los viciosos; pero á poco tiempo se negó á admitir esta clase de personas sin la licencia espresa del magistrado, á quien toca examinar si son dignos por sus vicios de tan grave y penosa mortificacion. En cuanto á los dementes, puso Vicente tanto esmero en que se curasen, que dió á la familia de estos miserables el consuelo, no solo de tenerlos en una casa donde eran tratados con mucha humanidad[1] y asistidos en sus enfermedades con el mayor esmero, sino tambien de que muchos recobrasen el juicio con la asistencia que tenian, y pudieran luego dedicarse á empleos proporcionados á su estado respectivo. Pero el mayor bien que ha producido esta obra de piedad, fué respecto de los mancebos detenidos allí por sus vicios. Viviendo entre los misioneros, lejos de los peligros de ofender á Dios, y en un lugar donde se les presenta la ocasion de meditar sobre sus errores pasados y la oportunidad de emplear el tiempo en la lectura de los buenos libros, de presenciar los ejercicios espirituales á que en ciertas horas del dia tenian que asistir, y en fin, exhortados á cada momento por los misioneros á la enmienda de su vida con razones proporcionadas á su edad y capacidad, la mayor parte de ellos reconoce sus errores pasados, convierte su corazon á Dios, y con indecible satisfaccion de sus padres vuelven al seno de sus familias tan rendidos y obedientes, cuanto eran antes rebeldes y desatentos: en muchos de ellos es poderosa la contricion, y se dan del todo á la vida espiritual, huyendo de las tormentas que antes han padecido en el mundo; y en fin, permaneciendo en una vida ejemplar hasta la muerte.

Con este motivo continuamente iban á visitar á Vicente los padres ó parientes de estos jóvenes para darle las gracias por la industriosa caridad con que ganaba para Dios almas tan obstinadas y perdidas. Y como él conocia bien el mérito de este trabajo, y era su corazon tan compasivo con los que padecian alguna afliccion, cobraba fuerzas y aliento para continuar en tan dichosa empresa. Así es que cuando se disputó sobre si la cesion que se le

1 Es necesario recordar que en esta época, hasta en los establecimientos filantrópicos, se trataba á los pobres dementes peor que á bestias feroces, encadenándolos de pies y manos, y azotándolos como á los mas incorregibles delincuentes.

habia hecho de la casa de San Lázaro era ó no válida, no encontró cosa que pudiese ocasionarle disgusto, si se veia obligado á dejarla, mas que el desamparar á aquella miserable juventud, cuya educacion cuidaba con tanta caridad y vigilancia.

Manifestó en varias ocasiones que esta obra era hija de su corazon y apreciaba mas que ninguna otra; por eso encargaba continuamente á los suyos que rogasen á Dios por aquellos pobres, y á aquel á cuyo cuidado estaban, el que los asistiese y proveyese de cuanto necesitasen con la mayor atencion y cariño. Con este motivo decia que nada hubiera atraido mas el enojo de Dios contra la casa, que el haber abandonado la asistencia de unas personas que por vivir fuera de su acuerdo necesitaban mas el socorro de sus semejantes; y que por el contrario, el desvelo en su educacion era uno de los obsequios mas gratos á la Magestad Divina.

Y porque fácilmente siente la naturaleza repugnancia en servir á quien no conoce ó no agradece el beneficio, continuamente recordaba á los que estaban encargados del cuidado de los dementes, que Cristo nuestro Señor no se habia desdeñado de rodearse de lunáticos, endemoniados y furiosos que de todas partes le ponian delante para que los sanase. Hacia tambien que considerasen como el mismo Salvador habia en cierto modo ennoblecido las miserias humanas, sujetándose á ellas para enseñarnos á no despreciar á los que se hallasen cargados de flaquezas y de culpas, añadiendo que el mismo Hijo de Dios sufrió ser reputado como frenético: *Et exierunt tenere eum, et dicebant: Quoniam in furorem versus est;* como si de este modo hubiese querido Su Magestad quitar la repugnancia que naturalmente inspira un estado tan infeliz. Poníales otras veces el ejemplo de los Sumos Pontífices, á quienes muchos tiranos dedicaron al cuidado de las bestias, infiriendo de aquí que ellos no debian menospreciar el tener cuidado de unos hombres que por la fiereza de las costumbres ó por falta de razon se asemejaban á los brutos, sin dejar por esto de ser prójimos suyos.

En el tiempo que sirvió en el Consejo real supo que ciertos nobles estaban presos en una fortaleza viviendo como si no fuesen cristianos y dando grande escándalo á cuantos los asistian. Esta noticia hirió profundamente el corazon de Vicente; y para remediar este mal, hizo que algunos eclesiásticos de la conferencia de